



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

98684

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES DE VIAJE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

LOS OSOS DE BERNARD, 1625 MONTERREY, MEXICO

Una zambra producida por muchos centenares de voces nos despertó al día siguiente al amanecer, nos asomamos á la ventana : se celebraba el mercado delante de la posada.

El mal humor que nos habia causado el despertar tan de madrugada, se disipó pronto á la vista del hermoso y pintoresco cuadro de aquella plaza pública, llena de cazadores y labradores con sus trajes nacionales.

Una de las cosas que mas me habian desilusionado en Suiza, era la invasion de nuestras modas, no solamente en las clases de la sociedad, las primeras siempre en abandonar las costumbres de sus antepasados, sino tambien en el pueblo, conservador religioso de las tradiciones paternas. Me hallé bien indemnizado de mi retardo por la casualidad que reunia ante mis ojos y con toda su co-

quetería á las mas lindas paisanas de los cantones vecinos de Berna. Allí estaba la Vaudesa con sus cabellos cortos cubiertos por un ancho sombrero de paja puntiagudo, que cubre sus sonrosadas mejillas; la mujer de Friburgo que rodea tres veces con las trenzas de sus cabellos la desnuda cabeza, con lo que forma su único peinado; la Vallesana que viene por el monte Gemmi, con su sombrerito á la marquesa, bordado de terciopelo negro, del que cuelga hasta sobre sus espaldas una ancha cinta bordada de oro; en fin, en medio de ellas es la mas graciosa de todas la Bernesa con su gorrito de paja amarilla, cargado de flores como un canastillo, colocado coquetamente de medio lado sobre la cabeza, de donde se escapan por detrás dos largas trenzas de cabellos rubios; su lazo de terciopelo negro en el cuello, su camisa, de anchas mangas con pliegues, y su corpiño bordado de plata.

Berna, tan grave, tan triste; Berna la antigua ciudad, parecia que aquel dia se habia puesto tambien sus joyas y vestidos de fiesta y derramaba por las calles á sus mujeres, cual suele una coqueta derramar sobre su vestido de baile sus flores naturales. Sus arcos sombríos y abovedados que se adelantan sobre la planta baja de sus casas, estaban animados por una muchedumbre ligera y alegre, destacándose por los colores vivos de sus ropas sobre la media tinta de sus ennegrecidas piedras; despues grupos de jóvenes con gorros de cuero en sus grandes y rubias cabezas, y con una especie de blusas azules llenas de pliegues en las caderas, verdaderos estandartes de Alemania, que hacian á uno creerse á veinte pasos de Leipsick ó de Iena, hablaban inmóviles, ó paseaban de dos en dos con la

pipa de espuma de mar en la boca, y colgada de la cintura la bolsa del tabaco adornada de la cruz federal. Nosotros gritamos *bravo* desde nuestras ventanas, palmoteando como lo hubiéramos hecho en un teatro al levantarse el telon y ver una hermosa decoracion en escena. Despues, encendiendo nuestros cigarros en prueba de fraternidad, nos fuimos derechos hácia dos de aquellos jóvenes para preguntarles el camino de la catedral.

En lugar de enseñarnoslo con la mano, como hubiera hecho un parisiense ocupado, uno de ellos nos respondió en francés, pero con un ligero acento tudesco: «Por ahí;» y haciendo aligerar el paso á su compañero, se puso á andar delante de nosotros.

Al cabo de cincuenta pasos nos paramos enfrente de uno de esos antiguos relojes complicados, á cuyos adornos consagraba á veces toda su vida un artífice del siglo xv. Nuestro guía se sonrió.—¿Quereis esperaros? nos dijo. Van á dar las ocho.

En efecto, en aquel mismo instante, el gallo que estaba encima del campanario sacudió las alas, y cantó tres veces con su voz automática. A aquella llamada salieron los cuatro evangelistas uno por uno de su nicho, y cada cual tocó un cuarto de hora con el martillo que tenia en la mano; despues mientras sonaba la hora y al mismo tiempo que vibraba el primer golpe, se abrió una puertecita colocada debajo del cuadrante, y comenzó á desfilar una extraña procesion, dando vuelta en semicírculo en derredor de la base del monumento, y entró por una puerta paralela, que se cerró al dar la última campanada y al entrar el último personaje que terminaba la comitiva.

Nosotros habíamos observado ya la especie de

veneracion que profesan á los osos los berneses : al entrar la tarde antes en la ciudad por la puerta de Friburgo habíamos visto destacarse entre la sombra las estatuas colosales de dos de aquellos animales. colocados como lo están los caballos domados por esclavos que se ven á la entrada del jardin de las Tullerías por la plaza de la Concordia. En el tránsito de cincuenta pasos que dimos para llegar al reloj, dejamos á nuestra izquierda una fuente que tenia un oso encima con una bandera en la mano, cubierto con la armadura de un caballero, marchando en dos piés con un osito en los piés vestido de paje, y comiéndose un racimo de uvas ayudado de los piés delanteros. Habíamos pasado por la plaza de Greniers y observado sobre el frontispicio esculpido del monumento dos osos sosteniendo las armas de la ciudad, como dos unicornios el blason feudal : además uno de ellos derramaba con un cuerno de la abundancia los tesoros del comercio á un grupo de doncellas que se apresuraban á recogerlos, mientras que el otro alargaba graciosamente la pata á un guerrero vestido de romano del tiempo de Luis XV. Esta vez acabábamos de ver salir de un reloj una procesion de osos, unos tocando el clarinete, otros el violin, este el contrabajo, aquel la trompa, y detrás de estos otros con espada al costado y fusil al hombro marchando, graves y bien alineados, con bandera desplegada y sus cabos y sarjentos. Preciso es confesar que teníamos con que divertirnos, y así estábamos llenos de alegría. Nuestros berneses acostumbrados á este espectáculo, se reían de vernos reir, y lejos de incomodarse parecían alegrarse de nuestro buen humor.

Al fin les preguntamos en un momento de

despique á qué venia aquella continua reproduccion de unos animales que por su especie y por su forma no habian pasado hasta entonces por modelos de gracia ó de finura, y si tenia la ciudad motivo para quererlos mas que por sus pieles y carnes.

Nos respondieron que los osos eran los patronos de la ciudad.

Me acordé entonces de que en el calendario suizo habia efectivamente un san Oso; pero yo siempre lo habia conocido por pertenecer por su forma á la especie de los bípedos, aunque por su nombre pareciese aproximarse mas á la de los cuadrúpedos. Además era el patron de Soleure y no de Berna. Hice esta observacion urbanamente á mis guias.

Nos respondieron que por la poca costumbre de hablar en francés, nos habian respondido que los osos eran los patronos de Berna, que no eran mas que los padrinos; pero en cuanto á este título tenían un derecho incontestable, pues que de ellos habia recibido Berna su nombre. En efecto, *Bær* que en aleman se pronuncia *Ber*, quiere decir *oso*. Aquella graciosa chanza se complicaba mas y mas. El que hablaba mejor el francés de los dos que nos acompañaban, viendo que deseábamos la explicacion, nos ofreció darla mientras nos llevaba á la iglesia. Adivínese cuán agradecido aceptaria la proposicion, yo que siempre ando á caza de tradiciones y leyendas. Esto es lo que nuestro *cicerone* nos contó.

La ciudad de Berna fué fundada en 1191 por Bertoldo V, duque de Zœringen. Concluida apenas, rodeada de murallas y cerrada con puertas, ocupóse en buscar un nombre para la ciudad, con la

misma solicitud que una madre busca uno para el hijo que acaba de dar á luz. Desgraciadamente, parece que no era la imaginacion la parte mas brillante del noble señor, porque no pudiendo lograr encontrar lo que buscaba reunió en un gran banquete á toda la nobleza de las cercanías. La comida duró tres días, al cabo de los cuales nada de positivo se habia determinado para el bautismo del niño, cuando uno de los convidados propuso, para acabar de una vez, que al día siguiente se hiciese una gran cacería en los montes circunvecinos, y que se diese á la ciudad el nombre del primer animal que se matase. Esta proposicion fué aprobada por aclamacion.

Al amanecer del día siguiente pusiéronse en camino todos. Al cabo de una hora de caza se oyeron grandes gritos de victoria. Corrieron todos hácia el sitio de donde salian : un arquero del duque acababa de matar á un ciervo.

Bertoldo pareció disgustado de que uno de los suyos hubiese empleado su destreza en un animal de aquella especie. Deciaró en consecuencia, que no daría á su buena y fuerte ciudad de guerra el nombre de un animal que es el símbolo de la timidez. Algunos maliciosos pretendieron que el nombre de la víctima ofrecia tambien el símbolo de otra cosa que su señor á propósito olvidaba mencionar, á pesar de ser la que mas repugnancia le inspiraba. Bertoldo era viejo, y tenia una mujer jóven y bonita.

Fué declarado nulo el golpe del arquero y continuó la caza.

Al anochecer los cazadores encontraron un oso. Vive Dios, que era un animal cuyo nombre de

ningun modo podia comprometer, ni el honor de un hombre ni el de una ciudad. El desgraciado animal fué muerlo sin misericordia y con su sangre dió el bautismo á la naciente capital. Hoy hay aun á un cuarto de legua de Berna, cerca de la puerta del cementerio de Muri-Stalden, una piedra que atestigua la autenticidad de esta etimología, con una lacónica y expresiva inscripcion.

Vedla aquí en aleman antiguo :

ERST BAER FAM (1).

Nada habia que replicar contra el testimonio de semejante autoridad. Yo di entero crédito sobre su palabra á la historia de nuestro estudiante, que no es mas que el prefacio de otra mas original aun que vendrá en su lugar.

Durante este tiempo habíamos atravesado una calle y una gran plaza, y nos hallábamos al fin en frente de la catedral. Esta es un edificio gótico de un estilo bastante notable, aunque contrario á las reglas arquitectónicas de la época, pues no ofrece á pesar de su cualidad de iglesia metropolitana, mas que un campanario y no una torre. El campanario está además truncado á la altura de ciento noventa y un piés, de manera que se parece á un pilon de azúcar colosal, á quien se hubiese quitado la parte superior. El edificio fué comenzado en 1421, segun los planos de Matias Heins, que obtuvo la preferencia sobre los de su competidor cuyo nombre se ignora. Este último disimuló su resentimiento por tal humillacion, y cuando el edificio llegaba á una

(1) Aquí fué cogido el primer oso.

elevacion bastante considerable, solicitó un dia de su rival el permiso de acompañarle hasta la plataforma. Matias sin desconfianza le concedió esta demanda con una facilidad que hacia mas honra á su amor propio que á su prudencia: pasó delante, empezó á enseñarle en todos sus detalles los trabajos, que su rival habia pensado dirigir algun dia. Deshaciase este en tributar pomposos elogios al talento de su compañero, que queriendo probarle que los merecia, le invitó á seguirle á las demás partes del edificio, y le enseñó el camino mas corto, aventurándose, á setenta piés de elevacion sobre una tabla colocada entre dos paredes que formaban un ángulo. En el mismo instante, se oyó un gran grito: el infeliz arquitecto habia sido precipitado.

Nadie fué testigo de la desgracia de Matias si no fué su rival. Este contó haber tenido el dolor de haberle visto caer sin poder socorrerle cuando el peso de su cuerpo habia hecho volcar la tabla que no estaba á plomo sobre dos paredes mal niveladas. Ocho dias despues obtuvo el cargo del difunto, al que hizo levantar una magnífica estatua en el lugar mismo de la caída, lo cual le hizo adquirir en Berna una grande reputacion de modestia.

Entramos en la iglesia, que como todos los templos protestantes, no ofrece en su interior nada notable. Solo hay dos sepulcros á los lados del coro, el uno es del duque Zœringen, fundador de la ciudad, y el otro el de Federico Steiger, que era magistrado de Berna cuando los Franceses se apoderaron de ella en 1798.

Al salir de la catedral fuimos á ver el paseo interior, que creo le llaman la Terraza. Está elevada á ciento ocho piés sobre la parte baja de la ciudad:

una muralla escarpada de la misma elevacion sostiene las tierras y las preserva de un hundimiento.

Desde aquella terraza se descubre una de las vistas mas bellas del mundo. A sus piés se ven como un tapiz de varios colores los techos de las casas por entre las cuales pasa serpenteando el Aar, rio caprichoso y rápido cuyas azuladas aguas toman su origen de las neveras del Finster-Aarhorn, y que ciñe por todos lados á Berna, ese castillo fuerte que tiene por puntos avanzados las montañas circunvecinas. En el segundo término se alza el Gürthen, colina de tres ó cuatro mil piés de elevacion, y que sirve de pasaje á la vista para llegar á la gran cadena de neveras que cierra el horizonte cual una muralla de diamantes; especie de ceñidor resplandeciente, mas allá del cual parece debe de existir el mundo de las *Mil y una noches*; faja de mil colores que por la mañana y á la luz del sol toma todos los matices del arco iris desde el subido azul hasta el de rosa claro: palacio fantástico que por la noche cuando están sumidos en la oscuridad la ciudad y el llano permanece iluminado algun tiempo aun por los últimos resplandores del dia, espirando lentamente en su cumbre.

Aquella magnífica plataforma, toda plantada de hermosos árboles, es el paseo interior de la ciudad. En los ángulos del paseo hay colocados dos cafés donde se encuentran excelentes helados, y entre estos dos cafés, y en medio del parapeto de la Terraza, una inscripcion alemana grabada sobre una piedra, recuerda un acontecimiento casi milagroso. — Un caballo fogoso desbocado que montaba un estudiante, se precipitó con su jinete desde lo alto de la plataforma, quedó muerto el caballo,

y so'lo con unas leves confusiones el estudiante. El animal y el hombre habian dado un salto perpendicular de ciento y ocho piés. Ved aquí la traduccion literal de aquella inscripcion.

« Esta piedra fué erigida en honor de la omnipotencia de Dios y para transmitir á la posteridad su recuerdo. — El señor Teobaldo Vëinzæpfli saltó desde aquí abajo con su caballo el dia 25 de mayo de 1654; despues de este accidente sirvió treinta años á la iglesia, en calidad de pastor, y murió muy viejo y en olor de santidad el 25 de mayo de 1694. »

Una pobre mujer condenada á galeras, seducida por este antecedente, intentó despues el mismo salto, para escaparse de los soldados que la perseguian; pero menos feliz que Vëinzæpfli se estrelló sobre el suelo.

Despues de haber echado una última ojeada sobre aquella magnífica vista, nos dirigimos hácia la puerta de abajo á fin de dar la vuelta de Berna, por el Altemberg, bonita colina llena de viñedos que se alza á la otra parte del Aar, un poco sobre el nivel de la ciudad. Mientras caminábamos nos enseñaron una pequeña posada gótica que tiene una bota por muestra. Admirará con razon de verla en la puerta de un despacho de vino al conocer la tradicion de esta muestra.

Enrique IV, en 1602, habia enviado á Berna á Bassompierre en calidad de embajador cerca de los trece cantones, para renovar la alianza jurada ya en 1582 por Enrique III y la confederacion. Bassompierre, por la franqueza de su carácter, y la lealtad de sus relaciones, consiguió allanar las dificultades de aquella negociacion y hacer de los Suizos alia-

dos y amigos fieles de la Francia. Al tiempo de marchar, y cuando acababa de montar á caballo á la puerta de la posada, vió adelantarse hácia él los trece diputados de los trece cantones, llevando un enorme *widercome* en la mano, y viniendo á ofrecerle el trago de despedida.

Llegados cerca de donde él estaba, lo rodearon, levantaron juntos á un mismo tiempo las trece copas, que contenia cada una el líquido de una botella, y brindando unánimes por la Francia, se las bebieron de un trago. Bassompierre, aturdido de tal atencion, no halló mas que un medio de devolvérsela. Llamó á su criado, hizolo bajar del caballo, mandóle que le sacase la bota, cogiéndola por la espuela, hizo vaciar en aquel vaso improvisado trece botellas de vino; despues empinándolo á su vez para volver el brindis que acababa de recibir: *A la salud*, dijo, DE LOS TRECE CANTONES; y se bebió las trece botellas.

Los Suizos encontraron que la Francia estaba dignamente representada.

A cien pasos mas llegamos á la puerta de abajo. Atravesamos el Aar por un puente de piedra bastante hermoso, y despues de media hora nos hallamos en la cumbre del Altemberg. Allí se encontró casi la misma vista que desde la terraza de la catedral, excepto que desde aquel segundo *belveder*, Berna forma el primer término del cuadro.

Muy pronto, aunque magnífico y muy agradable, dejamos aquel paseo. Como no podiamos abrigarnos de los rayos del sol por árbol alguno, hacia un calor sofocante; al otro lado del Aar, por el contrario, veíamos un bosque magnífico cuyas calles estaban llenas de gente que se paseaba. Temíamos

al pronto vernos reducidos á volvernó por donde habíamos venido para encontrar el puente que habíamos ya pasado; pero vimos algo mas abajo un barquichuelo con cuyo auxilio se verificaba el paso con gran provecho del barquero, pues nos vimos obligados á aguardar mas de un cuarto de hora para que nos tocase la vez. Este barquero es un antiguo servidor de la república á quien la ciudad ha concedido, en recompensa de sus servicios, el privilegio exclusivo del transporte de los pasajeros que quieren atravesar el Aar. Este transporte se hace mediante una retribucion de dos sueldos, sin que se exceptúen mas que dos clases de la sociedad, que no tienen ninguna relacion entre sí, los soldados y las comadres del país. Como yo habia hecho algunas preguntas á mi barquero, se creyó con derecho para hacerme tambien á su vez una reconocíendome por francés. Me preguntó si estaba por el rey nuevo ó por el antiguo. Mi respuesta fué tan categórica como su pregunta. — « Ni por el uno ni por el otro; » aludia el barquero á Carlos X y á Luis Felipe.

Los Suizos son en general muy preguntones y muy indiscretos en sus preguntas, pero las hacen con tanta bondad que hacen desaparecer la impertinencia; despues, cuando uno les ha explicado sus cosas, ellos os cuentan á su vez las suyas con aquellos íntimos detalles que se reservan solo para los amigos de la casa. En una mesa redonda conoce uno á su vecino al cabo de un cuarto de hora como si hubiese vivido con él durante veinte años. Por lo demás, si uno quiere puede no contestar muy fácilmente á estas preguntas, que por lo comun son las que encuentran en el registro de las posadas: el

nombre, la profesion, de dónde se viene y á dónde se va. Este sistema es mucho mas cómodo que el de pedir los pasaportes, pues así se puede indicar á los amigos que vienen despues del viajero ó que le preceden, el camino que se ha seguido y el tiempo que se permanece en cada punto.

A nosotros nos era lo mismo ir por una parte que por otra, con tal que visitásemos alguna curiosidad nueva; así seguimos á la demás gente que iba al paseo de Engi, el mas concurrido en los alrededores de la ciudad. — En frente de la puerta de Aarberg habia una gran concurrencia, preguntamos el motivo, nos contestaron lacónicamente: *Los osos*. Nos acercamos á una especie de parapeto en derredor del cual se apoyaban como en la balaustrada de un teatro doscientas ó trescientas personas ocupadas en contemplar las monadas de cuatro monstruosos osos separados en parejas, habitando dos grandes fosos mantenidos con el mayor aseo, y embaldosados como el pavimento del comedor de una casa.

La diversion de los espectadores consistia lo mismo que en París, en tirar manzanas, peras y bollos á los habitantes de aquellos dos fosos; pero esta distraccion se complicaba con una combinacion que indicaré al señor director del Jardin de Plantas para que la adopte para mejor diversion de los aficionados.

La primera pera que ví tirar á los osos berneses se la tragó uno de ellos sin oposicion alguna exterior; pero no así la segunda. En el mismo instante en que se levantó lentamente á buscarla engolosinado por la primera, salió de un agujero de la pared otro convidado cuya forma no pude conocer por lo extremado de su ligereza, y cogiendo la pera en

las narices mismas del estupefacto oso, se volvió á su madriguera con gran aplauso de la curiosa multitud. Un minuto despues apareció en la boca de la madriguera la cabeza fina de una zorra enseñando sus ojos vivos, y su negro y puntiagudo hocico, acechando la ocasion de coger otra presa á costa del amo del palacio, del que la zorra parecia habitar un pabellon.

Aquello me dió ganas de renovar la experiencia, y compré unos pastelillos, como el mejor manjar para excitar el apetito de los dos antagonistas. La zorra, que sin duda adivinó mi intencion, viéndome llamar á la bollera, fijó en mí sus ojos, y no me perdió de vista. Cuando hube hecho provision de víveres y me los hube colocado en la mano izquierda, tomé con la derecha un pastelillo y se lo enseñé á la zorra: la astuta hizo un ligero movimiento con la cabeza, cual si quisiese decirme: *Pierde cuidado que te entiendo perfectamente*; y luego se relamió el labio con la seguridad de un mnchacho que está bastante seguro de conseguir su objeto para saborearlo de antemano. Sin embargo, contaba con darle una ocupacion mas difícil que la primera. El oso por su parte habia visto mis preparativos con cierto aire de inteligencia, y se columpiaba sentado sobre sus cuartos traseros graciosamente, con los ojos fijos, la boca abierta y las patas delanteras extendidas hácia mí. Durante este tiempo la zorra habia salido del todo de su madriguera, arrastrándose como un gato, y entonces me apercibí de que no habia sido su ligereza la única razon de no haberla conocido la primera vez de su salida, y era otra causa accidental. El pobre animal no tenia cola.

Tiré el pastelillo; el oso lo siguió con la vista, de-

jándose caer en cuatro piés para ir á buscarlo, pero al primer paso que dió, se lanzó de un brinco la zorra por encima de su espalda, tan bien calculado, que dió con el hocico sobre el pastelillo, y dando un gran rodeo, describió una curva para volverse á su madriguera. El oso enfurecido, aplicando á su venganza cuanto sabia de geometría, tomó la línea recta con una viveza de que nunca lo hubiera creído capaz: la zorra y él llegaron casi al mismo tiempo á la madriguera; pero la zorra llevaba la delantera, y los dientes del oso crujieron al cerrarse delante del agujero en el momento mismo en que acababa de desaparecer la ladrona. Entonces comprendí porqué la pobre diablo no tenia cola.

Repetí muchas veces esta experiencia con gran satisfaccion de los curiosos y de la zorra, que de cada cuatro pastelillos atrapaba dos siempre.

Los osos que habitan el segundo foso son mucho mas jóvenes y mas pequeños. Pregunté la causa y supe que eran los sucesores de los otros, y que á su muerte debian heredar su lugar y su riqueza. Esto exige una explicacion.

Hemos dicho como despues de su fundacion por el duque Zœringen habia recibido Berna su nombre, la parte que habia tomado en su bautismo el género animal. Desde aquel tiempo fueron los osos las armas de la ciudad, y se resolvió no solamente colocar su effigie en el blason, en las fuentes, en los relojes y en todos los demás monumentos, sino tambien proporcionarse osos vivos que serian alimentados y alojados á costa de los habitantes. Esto no era difícil, no habia mas que alargar la mano á la montaña y escoger. Cogiéronse dos osos pequeñitos, y traídos á Berna, fueron muy pronto un objeto de idola-

tría para sus habitantes por su gracia y gentileza.

Por esta época una vieja solterona muy rica que en los últimos años de su vida habia manifestado una particular afición á estos amables animalitos, murió sin dejar mas herederos que algunos parientes bastante lejanos. Abrióse su testamento con las formalidades de estilo en presencia de todos los interesados. Dejaba setenta mil libras de renta á los osos, y mil escudos dados por una sola vez al hospital de Berna para fundar una cama en favor de los miembros de su familia. Los presuntos herederos atacaron el testamento á pretexto de que habia habido coacción : se nombró de oficio á los herederos señalados un abogado, que como era un hombre de gran talento probó la inocencia de los desgraciados cuadrúpedos á quienes se queria despojar de su herencia, que fué públicamente reconocida, y el testamento declarado válido y bueno y los legatarios fueron autorizados para entrar inmediatamente á la posesion de su legado.

La cosa era fácil, la fortuna de la testadora consistia en metálico contante. Entraron en el tesoro de Berna un millon y doscientos mil francos que formaban el capital, siendo el tesoro responsable de aquella cantidad por disposicion del gobierno y debiendo pagar los intereses á los apoderados de los herederos, que eran considerados como menores. Adivinase que hubo un gran cambio, y se mejoró el tren de casa de los herederos. Sus tutores tuvieron coche y casa propia, dando en nombre de los pupilos banquetes suntuosos y lucidos bailes. En cuanto á ellos personalmente, el guarda tomó el título de ayuda de cámara, y no los pegó mas que con un junquito de puño de oro.

¡Desgraciadamente nada es estable en las cosas humanas! Apenas habian gozado de aquella comodidad desconocida á su especie algunas generaciones de osos, cuando estalló la revolucion francesa. La historia de nuestros héroes no se halla ligada tan intimamente con aquella gran catástrofe que debamos remontarnos á las causas que la produjeron ó los resultados que de ella se derivaron ; por tanto, no nos cuidaremos mas que de los acontecimientos en que representaron un papel los osos.

La Suiza estaba demasiado cerca de la Francia para no sentir alguna oscilacion del gran terremoto con que trastornaba al mundo el volcan revolucionario ; sin embargo, quiso resistir aquella lava militar que surcó la Europa. El canton de Vaud se declaró independiente : Berna reunió sus tropas ; victoriosa primero en el encuentro de Neueneck, fué vencida despues en los combates de Strambrunn y de Grauholz, y los vencedores mandados por los generales Brun y Schaunbourg hicieron su entrada triunfante en la capital. Tres dias despues hizo su salida el tesorero bernés.

Once mulos cargados de oro tomaron el camino de París ; dos de ellos llevaban la fortuna de los infelices osos, que moderadísimos en sus opiniones, fueron comprendidos en la lista de los aristócratas y tratados en consecuencia como tales. Bien les quedaba la casa que habian hecho á costa suya sus apoderados y que los Franceses no se habian podido llevar, pero aquellos justificaban su título de propiedad, de modo que el último resto de su pasada opulencia fué arrastrado tambien en el naufragio de su fortuna.

Aquellos animales dieron entonces un grande

ejemplo de filosofía á los hombres mostrándose tan magnánimos en la desgracia como humildes habian sido en la prosperidad, y así respetados por todos los partidos atravesaron los cinco años de revolucion que agitaron á Suiza desde 1798 hasta 1803.

La Suiza habia abatido sus montañas bajo la mano de Bonaparte, cual el Océano sus olas á la voz de Dios. El primer cónsul la recompensó proclamando el acta de mediacion: y los diez y nueve cantones respiraron abrigados bajo el ala que la Francia extendia sobre ellos.

Apenas Berna estuvo tranquila se apresuró á reparar las pérdidas que habian tenido sus ciudadanos. Entonces fué pedir unos un empleo al gobierno; otros reclamar del erario los indemizase, y algunos solicitar una recompensa nacional. Solamente aquellos que tenian mas derecho que nadie para obtenerlo todo, desdeñaron toda gestion, esperaron con el silencio del derecho que les asistia que la república se acordase de ellos.

La república justificó su divisa sublime, *uno para todos, todos para uno*. Abrióse una suscripcion en favor de los osos: produjo setenta mil francos: con esta cantidad tan módica en comparacion de la que antes poseian, compróles el consejo de la ciudad un terreno que producía mil libras de renta. Los desgraciados animales despues de haber sido millonarios ya no eran mas que electores. El derecho electoral está fijado en Ginebra en nueve francos y lo mismo en Berna, segun creo.

Aun esta pequeña fortuna se encontró bien pronto reducida á la mitad motivada por un nuevo accidente, pero que esta vez estaba lejos de toda conmocion política. El foso que habitaban los osos

estaba antes dentro de la ciudad y tocando el muro de la prison. Una noche, un preso condenado á muerte, pudo procurarse un punzon de hierro, se puso á hacer un agujero en la muralla: despues de dos ó tres horas de trabajo, creyó oír que del lado opuesto del muro trabajaban tambien, ó cosa parecida; esto le dió nuevos brios. Pensó que un desgraciado prisionero como él habitaba el calabozo contiguo y esperó que una vez reunido á él, la huida le sería mucho mas fácil estando dividido el trabajo. Esta esperanza crecía á medida que el trabajo adelantaba; el trabajador oculto obraba con una energía que parecia hacerle olvidar toda precaucion; las piedras desprendidas por él rodaban estrepitosamente; su respiracion se oía con fuerza. El condenado no sintió mas que la necesidad de redoblar sus esfuerzos, pues la imprudencia de su compañero podia de un momento á otro descubrir su fuga. Afortunadamente quedaba poca cosa que hacer para que el muro se abriese. Una piedra gruesa solamente resistia aún á todos sus ataques. De repente la sintió mover; cinco minutos despues rodaba del lado opuesto. La frescura del aire exterior penetró hasta él; y vió que el socorro inesperado que habia recibido venia de la parte de afuera, y no queriendo perder tiempo, pensó pasar por el estrecho abierto que acababan de ofrecerle de una manera tan inesperada. A la mitad del camino encontró uno de los osos que hacia por su lado todos los esfuerzos posibles para penetrar en el calabozo. Habia oído el ruido que hacia el preso en el interior de la prison, y por un instinto de la destruccion natural en estos animales, se puso á secundarle lo mejor posible.

El condenado se encontró entre dos peligros: ser ahorcado ó devorado: el primero era seguro, el segundo era probable: escogió el segundo que le salió bien. El oso intimidado por el poder que ejerce siempre el hombre, aun sobre los animales mas feroces, le dejó huir sin hacerle daño.

A la mañana siguiente el carcelero al entrar en la prision, encontró una extraña sustitucion de persona, y el oso estaba acostado sobre la paja del prisionero.

El carcelero huyó sin tomar la precaucion de cerrar la puerta; el oso le siguió gravemente, y encontrando todas las puertas abiertas llegó á la calle y se encaminó lentamente hácia la plaza del mercado de verduras. Se puede adivinar el efecto que produjo en la muchedumbre de vendedores el aspecto de este nuevo parroquiano. En un instante, la plaza se encontró desierta; pronto el recién venido pudo escoger entre las frutas y legumbres esparcidas las que eran mas de su agrado. No fué culpa suya, y en lugar de emplear su tiempo en ganar la montaña, donde probablemente nadie le hubiese impedido llegar, se puso á regalarse á su gusto con las peras y manzanas, fruta á la cual todo el mundo sabe tienen estos animales la mas grande aficion. Su golosina le perdió.

Dos albéitares, cuyas tiendas daban á la plaza, encontraron un medio para hacer volver al fugitivo á su foso.

Hicieron calentar hasta hacer ascuas dos grandes tenazas, y acercándose al merodeador cada uno por su lado, le hicieron presa vigorosamente por las orejas, cuando se refocilaba mas en su banquete. El oso conoció desde luego que estaba cogido, y por

lo mismo no hizo resistencia alguna, sino que siguió humildemente á sus conductores, sin protestar contra la itegalidad de los medios que se habian empleado para su captura, mas que con algunos gritos lastimeros.

Sin embargo, como se pensó que podria repetirse semejante accidente, que no siempre podria tener un desenlace tan pacífico, resolvió el consejo de Berna que los osos fuesen trasportados fuera de la ciudad, y que se les construyesen dos fosos en las murallas.

Estos son les fosos que habitan hoy, cuya construccion ha venido á reducir á la mitad su capital, pues que costó treinta mil francos, y para proporcionarse esta cantidad, fué necesario que dejasen una inscripcion de hipoteca especial sobre sus bienes.

Así que hube apuntado en mi album todos estos detalles, proseguimos nuestro camino para acabar nuestras visitas por los alrededores de Berna. Teníamos á la vista una magnífica alameda, y la seguimos como hacia toda la demás gente. Al cabo de una hora pasamos el rio en una lancha y nos hallamos en el Reichenbach, entre un alegre y ruidoso ventorrillo suizo, y el viejo y monótono castillo de Rodolfo de Erlac: el uno nos ofrecia un buen desayuno, el otro un gran recuerdo; el hambre obtuvo la preferencia sobre la poesía: entramos en el ventorrillo.

Para los aficionados al wals y á la berza ácida, no hay cosa mas admirable que una taberna alemana. Desgraciadamente, yo no podía gozar mas que de uno de aquellos placeres.

Así que hube concluido de almorzar muy media-

namente, me lancé en medio de la sala del baile, ofreciendo mi mano á la primera paisana que hallé cerca, que aceptó sin cumplimento, á pesar de que yo llevaba guantes, lujo desconocido en aquella alegre reunion. Empecé á bailar aprovechando el primer compás de un balanceado rápido wals, cual si mis estudios todos hubiesen sido dirigidos á este arte. Verdad es que debe decirse que secundaba admirablemente la orquesta, aunque compuesta enteramente de músicos de aldea, que no sé qué instrumentos tocaban, aunque debo decir que no he oido jamás en París una orquesta tan adecuada á aquel baile.

Terminado el wals pedí á mi pareja en aleman muy inteligible que me permitiese darla un beso; es una de las frases de aquel idioma cuya construccion y acento se me han quedado mas grabados en la memoria: la amable jóven me lo concedió con mucha gracia. En seguida fuimos á visitar el castillo Reichenbach. Hay sobre él una tradicion medio histórica, medio poética, como todas las tradiciones suizas. Allí descansaba en los últimos dias de su vida tan útil á la patria, tan honrado de sus conciudadanos, el viejo Rodolfo de Erlac de sus trabajos guerreros. Un dia vino á visitarle su yerno Rudenz, como tenia de costumbre; se trabó una discusion entre el viejo y el jóven sobre la dote que el primero debía de pagar al segundo. Rudenz se encolerizó, se arrebató, tomó la espada del vencedor de Laupen que estaba sobre la chimenea, hirió al infeliz viejo que espiró del golpe y se escapó. Pero los dos perros de Rodolfo, que estaban atados á cada uno de los lados de la puerta, rompieron sus cadenas, persiguieron al fugitivo por las mon-

tañas, y no volvieron sino cubiertos de sangre dos horas despues. Nunca volvió á verse mas á Rudenz.

El jóven que nos contó esta anecdota se volvia á Berna; nos propuso hacer el viaje con él: nosotros aceptamos. Por el camino le dijimos lo que habíamos visto y nos informamos si nos quedaba algo mas que ver. Nos dijo que habíamos visitado lo mas pintoresco de la ciudad; con todo, nos propuso dar una vuelta y entrar en Berna por la torre de Goliat.

Llábase la torre de Goliat, porque sirve de nicho á una estatua colosal de san Cristóbal.

Esta denominacion no parecerá muy consecuente al lector, como tampoco me lo pareció á mí, por lo que voy á explicar inmediatamente la analogia que existe entre el guerrero filisteo y el pacífico israelita.

Hácia fines del siglo xv, un señor rico y religioso hizo donacion á la catedral de Berna, de una considerable cantidad que debia emplearse en la compra de vasos sagrados. Ejecutóse exactamente esta disposicion testamentaria y se compró una magnífica custodia que se encerró en el tabernáculo. Poseedores de aquella nueva riqueza redoblaron su vigilancia los dependientes de la iglesia, y discurrieron los medios de ponerla á cubierto de todo accidente. Colocar á un hombre por custodia en el santuario, no era posible: buscóse en la milicia celestial el santo que diese mas garantias de vigilancia y decision. Despues de una ligera discusion, san Cristóbal que habia llevado en hombros á Nuestro Señor, y cuya gigantesca talla demostraba grande fuerza, obtuvo la preferencia sobre san Miguel, á quien miraban como muy jóven para tener

la prudencia necesaria para el empleo con que se le queria honrar. Se encargó al escultor mas hábil de Berna modelase la estatua que debian colocar cerca del altar para asustar á los ladrones, como se coloca un espantajo en los campos recién sembrados para asustar á los pájaros. Bajo este supuesto, así que estuvo concluida la obra, debió seguramente merecer los votos de todos, y el mismo santo, si Dios le permitió ver desde el cielo el retrato que de él habian hecho en la tierra, debió asombrarse no poco del carácter guerrero que bajo el cincel creador del artista, habia tomado su tranquila y pacífica persona.

En efecto, la santa imágen era de veinte y dos piés de alto, llevaba una alabarda en la mano, una espada al costado, y estaba pintada de azul y rojo de la cabeza á los piés, lo que le daba un aspecto formidable.

Con todas estas probabilidades de cumplir bien su mision, y despues de haberle hecho oír un largo discurso sobre el honor que se le habia concedido, y los deberes que imponia aquel honor, fué instalado el santo con mucha pompa detrás del altar mayor, sobre el que sobresalia toda su espalda.

Dos meses despues habia sido robada la custodia.

Adivínese cuánta zambra causó en la iglesia este lance, y el descrédito que naturalmente debió de recaer sobre el pobre santo. Los mas exasperados decian que se habia dejado sobornar; los mas moderados, que se habia dejado intimidar; otros mas fanáticos todavia lanzaban con mas furor sus inyecciones y estos eran los miguelistas, que habiendo

quedado en minoría en la discusion, habian guardado su rencor religioso con toda la fidelidad de un odio político. ¡Bravo! apenas hubo una ó dos voces que se atreviesen á tomar la defensa del infiel guardian. En su consecuencia fué expulsado ignominiosamente del santuario que habia guardado tan mal, y como Berna estaba entonces en guerra con Friburgo, se le encargó de proteger la torre de Lombach que se alzaba fuera de la ciudad delante de la puerta de Friburgo. Hizosele entonces en aquella puerta el nicho que ocupa aun hoy dia y se le colocó en ella cual á un soldado en su garita, con la prevencion de que fuese mas vigilante esta vez que la primera.

Ocho dias despues fué tomada la torre de Lombach.

Esta inaudita conducta trocó en desprecio el descrédito: el desventurado santo fué mirado desde entonces hasta por los hombres mas razonables, no solo como un cobarde, sino tambien como un traidor, y *desbautizado* de comun acuerdo. Se le despojó del nombre respetable que habia comprometido, y para envilecerle con un nombre abominable se le llamó Goliath.

Delante de él, y en actitud amenazadora, hay una linda estatuita de David sosteniendo una honda en la mano.